

Los Libros

CUANDO MI TIERRA NACIÓ, por *Inés Echeverría de Larraín*.
(Carta Literaria)

Señora Inés Echeverría de Larraín.

Presente

Distinguida señora y amiga:

Me ha proporcionado usted tal deleite con su bella novela «Cuando mi tierra nació», que sería yo solemne ingrato si tardase en expresarle mis sinceros agradecimientos junto con el muy favorable juicio que ella me merece. Permita usted que en una palabra cifre yo y compendie este concepto: es de admiración por el talento y aguda perspicacia, por el desenfado y libertad de criterio que en su libro campean, por esa agudísima penetración que se interna por las almas y las expone a la luz, como rayo proyectado sobre el abismo, y por aquella visión amplia, en todo interesada, indulgente casi siempre, que escruta, anota y describe las múltiples fases y prodigiosas hermosuras del mundo físico y que, al término de insaciable, apasionada contemplación, la aureola y corona con reflejos de poesía.

Novela panorámica esta suya, desenvuelta del llano a la montaña, y que aun cuando grande en el espacio, lo es más todavía por el inmenso caudal de pasiones, dolores y placeres

de encendidos afectos, ilusiones y trágicos desengaños que usted vigorosamente romancea y que son, nada más, la eterna vida del hombre. La palabra de Iris es la voz de un pasado de gloria y de tristezas, como es y siempre fué la vida. A esas prérítas generaciones usted, por la taumaturgia del arte, las resucita, nuevo Lázaro, ante nosotros. vibrantes de realidad, con sus breves deleites, sus pequeños y míseros cálculos, con sus infinitas quimeras y, ¡nota final! sus funestos, fatales desencantos. «Amor y Muerte», horizonte que a la existencia humana asignara Leopardi, es lo que usted relata en su novela; entre ambos polos fluctúa desde los comienzos la historia del hombre; y usted con su talento sumo, ha cristalizado un episodio de esa carrera diez veces milenaria.

Empero, si es de vivo interés la novela, no es menor el que ofrece la autora. Y pues usted ha sometido tantas almas al examen de su agudo ingenio, acepte que, contagiado yo con el ejemplo, procure a mi vez analizar el espíritu de usted, claro y centelleante como resplandece en su obra; ese análisis contribuirá no poco a ilustrarla y a esclarecerla.

El alma de usted pareceme ser la más sensible e impresionable de las placas fotográficas. En ella todo se graba con fuerza y nitidez, lo grande y lo pequeño, lo amable y gracioso a un tiempo con lo desesperado y trágico: todo el mundo externo, los más sencillos como los más solemnes y exaltados espectáculos, todas las apariencias y manifestaciones espirituales la interesan y conmueven, la apasionan, dejan su huella indeleble en esa sensibilidad en perenne cambio y renovación. Es decir, en otros términos, que a la base de su talento novelístico hay una maravillosa receptividad de ideas y emociones que pugnan por encarnarse y salir al mundo. De ahí este inspirado libro, a la vez pintura de almas y poema de la naturaleza en íntima conjunción.

Y porque es tan vívida y honda la visión interior, y porque usted dilata su vista con incondicional interés sobre el pa-

norama entero de la existencia del hombre y de su vida colectiva, resulta necesario y fatal que, así como capta casi todas las grandezas del sentimiento y la idea, tampoco se le escape la realidad de las actitudes, emociones y gestos bajos y risibles, de los prejuicios o grotescos o necios, y que éstos la enfaden y hieran por contraste con aquéllos. Ahí está el manantial de su humorismo, la vena de ironía, cuando no de acre sarcasmo, implacable y cruel, que suele animar estas páginas. Es una despiadada sátira contra los torpes formulismos, las hipócritas fraseologías y protestas, contra los vanos alardes de virtud y las mojigaterías que a menudo acompañan a las más sinceras creencias y sentires; su burla aparta al metal noble del grosero mineral que lo envuelve, disfraza y oculta. No salen bien paradas en su novela los gentes rutinarias, gazmoñas y de artificiosa piedad. Iris les es inexorable. Pero es que con su resignación a lo prescrito y practicado desde remotas generaciones, con su ciega adhesión a credos que frecuentemente no entienden en plenitud, ellas dificultan y entran la libertad espiritual, la dictadura de su independiente criterio sobre su conciencia religiosa. Caso, a mi ver, de intolerancia al revés, que no demanda más comentario por tratarse de un hecho temperamental, básico en la mentalidad de usted. Menos mal que los caracteres que aquí nos pinta y hace actuar justifican en gran medida sus ataques y malignas burlas. Lo que en ellos no me satisface es, eso sí, la audacísima generalización que de tales personajes hace usted, sobre todo si pienso que en estos primeros tres tomos de su ciclo novelístico las almas nobles y desengañadas del mundo no le encuentran a éste y sus dolores otro alivio —¡valiosa confesión implícita!— que el ingreso a convento, que practicar el consejo de Hamlet a la divina Ofelia. El último horizonte de estos romances suyos lo forman siempre las claustrales rejas. Pero reservo por el momento la crítica para sólo atender a los muchos y tan relevantes aciertos y hermosuras.

En éste, como en todos los demás aspectos de su obra, lo que aparece indiscutible, de toda evidencia es el grande y lúcido talento de Iris que a uno lo fuerza a aplaudir aún cuando no está por entero persuadido y captado. Es que sus dotes de narradora están a todas las alturas, de lo más bajo y vulgar, de lo más cómico, (¿habrá que decirlo?) a lo más íntimo, elevado y trágico. A estas cumbres se remonta usted con vuelo de águila, sin esfuerzo, a pura y total comprensión de los afectos y situaciones humanos. No es ciertamente porque haya que recordárselo a usted, la autora, sino por darme el placer de recordar admirables páginas, por lo que a este respecto indico entre varias otras, las bellas escenas de una Navidad en Peñalolén, aquella otra de punzante patético en que se narra la muerte de la fiel esclava negra, y—¡en cuán otros ambientes y estilo!—el cuadro inolvidable, de dramática sobriedad en que vemos a Beatriz, roída por funesto recuerdo, morir abrumada de remordimientos y congoja. Pero aun más que este episodio admiro, por lo que encierra de eternamente verdadero y humano, ese vívido contraste que usted apunta entre la agonía de la hermosa dama y, simultánea, la entrevista de Conchita y Carrera, poniendo la vida que se esfuma junto a la vida que estalla violenta y fecunda al fuego devorador de la pasión. Tendríamos que repetir aquí con el otro: «c'est la nature prise sur le fait».

No sólo estos son los caracteres segura y fielmente pintados: sus personajes todos, cual más cual menos, y en todas las posibles circunstancias, están descritos con el mismo escrúpulo de exactitud. Claro está,—y huelga advertirlo,—que la extensión del retrato varía con la importancia de los modelos: si algunas refinadas y complejas almas femeninas en trance de sublimación mística y repudio de los transitorios intereses le sugieren a usted largos, ahondados y minuciosos comentarios, otros sólo requieren unas cuantas palabras, una pincelada, y estas llegan plenas, substanciosas, gráficas, a las veces con intención y pi-

cardía goyescas. ¡Cómo me gustaría poder anotar algunos de dichos bocetos rebosantes de vida y malicia para indicarle dónde su arte me parece haber subido a su más altos niveles! Pero,—ya usted lo adivina,—el tenor de una carta no lo consiente. Puedo, eso sí, afirmar en síntesis, que esta amplia visión de la sociedad colonial en la hora de transformarse en república, con sus personajes de todas razas, sexos y condiciones, de todas edades, creencias y sentires, constituye todo un variadísimo universo que, por sus actividades e intrigas, por el juego de sus ideologías, intereses y pasiones, forma lo que de nuevo pudiera hoy Lafontaine definir como:

«une ample comédie a cent actes divers».

Hablaba hace un instante de su extraordinaria agilidad espiritual, que no conoce dificultades ni límites y que por doquiera se siente en sus dominios. De ello ofrecen buena prueba, por ejemplo, sus prolijas y animadas descripciones de los sa-raos de antaño, con todo el cortejo de emociones, celadas, guerrillas, femeninas astucias y trampas, con el comentario infinito de los que en ellos participaban. ¿Qué detalles escapa a la avizora mirada de usted, cuál pormenor de indumentaria no aparece fotografiado aquí, preciso, realista? Es siempre la misma indefectible percepción de los mínimos incidentes de la vida en fuga eterna, pero que usted logra, sin embargo, aprisionar en su vuelo. Aquí tiene, para muestra un ejemplo,—¡y cuán simpático a un goloso de los finos manjares y delicados postres!—Es inacabable esta nómina de confituras, dulces, frutas de todas clases y preparaciones, castillos, pastas y qué sé yo qué más, capaces de endulzar por cien años su existencia. Agotadora lista que haría estremecer de emocionada gula, no digo a uno, a cien Helioγάλalos. Y no es lo menos interesante del caso que usted nos da los nombres, casi diría el estado civil de cada uno de esos postres y confiterías, nombres que no figuran en el

léxico y que hubieran naufragado en el mar del olvido a no habernos traído Iris a la superficie, conservándolos y consagrándolos en sus páginas. La enumeración me trae al recuerdo cierto artículo de D. Juan Valera,—genial como suyo,—asombro de riqueza verbal y capaz de darles tiro y lado a todos los textos de arte culinario y despertar la libide manducante del más frugal y ascético de los mortales. Pues usted, a lo Valera, nos conserva la memoria de todo aquello y enriquece el idioma con esos vocablos tan propios de nuestro suelo como algunos de los elementos—helados, mistelas, almendras garrapiñadas y otros—que componían aquella oceánica dulcería. Digo que nos *conserva* el recuerdo de tanta sabrosa golosina. Y aquí tiene, amiga mía, una de las muchas paradojas de su curioso y dúctil ingenio: siendo Iris todo lo menos conservadora, lo más de vanguardia que cabe imaginar, asila, sin embargo, en su libro todos aquellos pormenores que antaño fueran vida, los eterniza con su palabra, los arraiga en el vivir de la pretérita sociedad, haciéndolos perdurar, no como inertes y desecados objetos de herbario, sino con el realismo, con la influencia que un día tuvieran, determinante y fecunda.

Esto que acabo de comentar de las confiterías coloniales y de los primores de la industria monjil, cabe repetirlo de los atavíos de damas y señores. Hallo aquí en su libro casi una enciclopedia de indumentaria y ornamentación colonial. Sin el piadoso amor de usted por el pasado, no sólo hubiésemos olvidado la cosa misma, habría desaparecido aún el nombre de todo ello, las denominaciones de telas, tapices, cortinas, prendas de vestir, especies de tocados, de trajes, etc., tal como se ha perdido, ¡irrevocablemente! el de la efímera vegetación leve y pintoresca de que antaño se revistieran las campiñas de Peñalolén. ¡Una vez más, *conservadora* Iris!

Su novela me ha traído a la imaginación el consejo de Flaubert a su célebre ahijado: «sal a la calle y anda grabando en tus ojos todo, absolutamente todo a lo que a tu vista se pre-

sente». Es lo que ha hecho Iris: sólo que ella el precepto lo amplía y completa. Con no sé qué mágico gramófono escondido allá en su alma, ha percibido también captado y mantenido en vibración perpetua los mil ruidos de la naturaleza, estrépito de las cascadas, susurros del agua, gorjeos de las aves, murmullos de las auras en las flores, concertada armonía de las infinitas voces que llenan y animan el paisaje. No se cansa usted de reproducir en mil formas, en variadísimos símiles, aquella polifonía: y no nos cansamos nosotros de escucharla grabada, como en disco, en estas páginas que ante el lector palpitan de vida y poesía. Pues, ¿y qué decir del verbo humano que usted por doquiera percibe y se apropia en el afán de penetrar el secreto de las almas? Con archisensible antena de psicóloga recoge usted esas palabras, adivina los gestos y actitudes que las subrayan, distingue sus inflexiones y matices, descubre y sondea el manantial de que provienen, prende las palabras a las almas y todo ello lo transporta a su libro, aun deslumbrante de verdad y agitado por el torbellino de todos los afectos y pasiones, o alegres o trágicos, que desde la base pueden conmover y desquiciar el espíritu del hombre. Su arte fino y penetrante nos muestra dentro de nosotros mismos el arquetipo de aquellos personajes con sus múltiples y complejos sentires, con sus miserias y excelsitudes. Por eso los comprendemos bien y en la diversidad sin fin de sus características porque algo de todo ello, algo de sus ideas, propósitos y experiencias alienta, sin duda, en cada uno de los lectores. Son familiares nuestros porque los mueven idénticos impulsos y pasiones e intereses, o buenos y nobles, o viles y perversos, los mismos que gobiernan todo corazón humano. Algunos de esos personajes,—las mujeres sobre todo,—son de intrincada y aun confusa estructura anímica, con gran campo de intuición y otro no menor de subconsciencia, espíritus que pasan la vida en buscarse, como decía el pensador heleno; pero usted no los hace inteligibles colocándoles ante la viva luz de su escrutadora sagacidad. Otros,

más simples y toscos, los entendemos con mayor facilidad, por cierto; los conocemos al primer vuelo. Hombres y mujeres, niñas y mozos le revelan a usted el secreto resorte de sus vidas, actos y proyectos. Todos, aun los más raros y complicados, tratados por usted adquieren un sello inconfundible: son naturales, piensan, discurren y actúan como los demás mortales; hasta la anormalidad que en algunos de ellos señala usted, aun sus originalidades y manías, en fuerza del escrupuloso examen y fiel descripción del novelista, resultan de impresionante realismo. Como usted conoce las fuerzas e impulsos morales, los súbitos y fieros arrebatos de la voluntad en que se originan los actos humanos, aquí en estas páginas densas de agudo análisis introspectiva, nos las muestra en acción. Comprendemos, por eso, el espíritu de libertad de Beatriz, apreciamos la briosa, y petulante e irresistible coquetería de Concha así como la devoción supersticiosa y maquinal, el estrecho criterio de Cruz y sus contertulios, y la humilde, enternecedora abnegación de la esclava Basilia por su ama. Pues, ¿acaso no encontramos a diario, a cada paso ejemplares de tales caracteres que parecen haber posado ante usted para la redacción de su novela? Del propio Carrera cabe decir otro tanto; guardadas las proporciones, el prócer es muy humano en sus actitudes y sentires y palabras, en el modo imperialista, despótico de imponer y conquistar el amor... para a la postre rendírsele con armas y bagajes y claveles rojos. Pieza por pieza desmonta usted aquel turbulento y apasionado espíritu y muestra, lúcida, el engranaje y funcionamiento de sus excepcionales facultades, la casi indiscernible mezcla en él del heroísmo, el amor y la ambición. Y porque orienta su genio de novelista cierta universal simpatía por la vida en todas sus apariencias, logra comunicarnos la que le inspiran las candidas negritas de Peñalolén, los domésticos y esclavos de las casonas coloniales tanto como la que despiertan las nobles damas, apuestos mancebos y tiesos caballeros. Sólo uno de estos personajes se resiste a mi comprensión y me re-

sulta inexplicable en su psicología íntima; aludo a Alba. La encuentro paradójica y contradictoria, porque si es Alba la niña muy jovencita que aquí se nos muestra, (usted no le asigna edad), su modo de observar y reflexionar, su filosofía de la vida, su precoz, transcendental misticismo, que en mujer de treinta o más años fuera concebible y, quiero concederlo, normal, en una muchachita de doce a quince es harto inverosímil. Uno se alarma de la prematura madurez de la niña, de las preguntas y reflexiones y máximas que inflige a madre y amigos, demasiado doctoral y dogmática, es casi imposible no hallar un tantico pedante aquel nubloso misticismo de criatura sin mayor sociedad, sin lecturas ni amplio ambiente. A mí por lo menos, Alba me resulta un inquietante problema si no una franca imposibilidad moral. Si la ideología de ella la transfiere usted a persona de muchos más años y experiencia, el caso fuera tal vez más admisible, más humano. Le propongo por lo que vale este reparo y, naturalmente sin pronunciarme sobre el fondo de beatífico optimismo que está a la base del pensamiento de Alba. Usted ha querido imponerle tales teorías y sentires: yo, pesimista hasta el fanatismo, no logro, por eso, coincidir con su noble y preciosa heroína.

Con verdadero estro narrativo se desarrolla la intriga del romance, desenvuelto conforme a la eterna lógica de las pasiones, hasta llegar usted, con fuerza y plenitud de avezado novelista, al impresionante desenlace. Dados los factores psicológicos, los afectos y emociones en juego y las circunstancias ambientes, ese desenlace, más que natural y humano es casi, casi un aspecto de la fatalidad, cruel sorpresa del destino.

Empero, aun estas cualidades internas de la novela,—su alma animante—no bastaran a explicar el atractivo con que nos seduce el ánimo si no se dijese cuanto influye en tal embeleso la forma literaria de que usted la ha revestido, el estilo que encarna todas esas vicisitudes y peripecias, el tumultuoso y torbellinesco mundo en que chocan y pugnan los contrapuestos

anhelos, sentimientos y proyectos de los personajes. Esta prosa de usted, variada cual la vida misma, es flexible, cambiante, multicolor, rápida y breve, si no siempre eufónica; es la que corresponde a un artista *many-minded*, como se dijo del otro. Abundante y ornado estilo, novedoso en léxico y giros, se adapta a todos los estados de ánimo, a las múltiples modalidades de los afectos, ora liviano, humorístico y con sus notas de ironía, ora grave, elevado y místico, siempre de luminosa claridad, no pocas veces nimbado de poesía, en todo momento en perfecta adecuación al tema. Los diálogos son flúidos y naturales, reflejo exacto del alma de los interlocutores. Las mismas características, más marcadas aún, se advierten cuando es usted quien glosa y comenta, con superiores honduras y fineza, con profunda penetración de psicóloga los cambios anímicos de los personajes, sus actos y dichos, y se esfuerza por introducirnos en sus místicas *moradas*. Y ya que de su estilo trato, creería no haber sido completo si no dijese de mi admiración por la exuberancia de imágenes que en cada caudal enorme se agolpan en los puntos de su pluma. En ellas veo una como reencarnación de esas líquidas notas que allá en las cumbres de Peñalolén rompían el silencio y quietud del paisaje. Todavía si no insisto en su feliz don de crear expresivos nombres y verbos (por ej. *gемelidad*, *zebrear*), es porque no debo abusar de su benevolencia y también porque necesito, antes de sellar estas líneas, someter al juicio de Iris ciertos reparos que en mi sentir amenguan o encubren la cabal y tan notoria hermosura del libro.

A este respecto, y ya que acabo de entonar loores a la riqueza y soltura del estilo, permítame usted protestar contra el empleo, excésivo hasta el abuso, de algunos epítetos que fatal, inexorablemente reaparecen del uno al otro extremo de la novela. Así es como no menos de una centena de veces tropieza uno con un *abismático*—que no figura en el léxico, donde sólo figura *abismal*—y que pudo ser reemplazado por alguno de sus diversos equivalentes. Tampoco tiene excusa, si no es la de la pre-

mura de la redacción. ciertas malas concordancias de las formas verbales; en la misma frase emplea usted, simultáneamente, presentes y pretéritos, y ello no una, varias veces. ¿Me disculpará que en obsequio a la brevedad de tiempo y espacio, no aduzco algunos de tales casos que desconciertan al leyente?

Todos estos lunares, sin embargo, son disculpables comparados a ciertos galicismos que le sugiere a Iris su gran dominio de las letras francesas pero que afean su tan castellana prosa. Vaya como ejemplo ese verbo *devenir* que usted inventa contra todas las reglas del buen uso y de la Academia, y que aquí figura conjugado en todos los tiempos y personas, con implacable insistencia. Pecado éste irremisible por cuanto innecesario si existen veinte otros verbos que pueden utilizarse. Y para no pecar de prolijo, nada diré de un *cupidez espúreo* que intenta recordar con otro sentido al *cupidité* francés, ni de un *detonar* que pone al lector en riesgo de estallar él mismo cuando usted sólo quiso hablar de *desentono*. Y así sucesivamente, porque este artículo es largo como el rosario de las beatas coloniales.

También con un cierto *haut-le-corps* tropiezo a cada vuelta de la esquina con nuestra preposición *en* traduciendo el *en* pronombre reproductivo francés y desempeñando un papel que en la sintaxis de nuestra lengua no le corresponde. De continuo escribe usted frases como estas: «el huracán batía sus alas... *en* aullidos de fiera» «los grillos rompían la mudez... *en* gotitas agudas», «Vibró la sala *en* ondas de mística dulzura», o, por último, «quedaron los claveles esparcidos *en* humilde trofeo», etc. Todo esto no anda bien; hay que volver al castellano de D. Andrés. En otras partes alarma usted a sus lectores con novedades de ideología y de sintaxis como éstas, v. gr.: «esencias que musitaban poemas de resurrecciones», o «una casa blanca que se miraba *sobre* el cristal», o «una banda que dejaron *en* seco» cierto barril, o ¡clásico de los galicismos! «el tutor dejó *a* entender» tal o cual cosa. Esto no es todo; en

alguna página resplandece este pensamiento: «el silencio se solemnizaba ribeteado en oculta tragedia», y poco antes, esta oracioncita que habrá hecho transpirar de envidia a D. Pablo Neruda (pág. 82): «desató la cinta para ceñírsela al cuello esa última noche libre, en sangriento emblema del místico degüello de su virginidad rica, a intereses aplastantes del mundo en que naciera». Admiro mucho el insigne talento de Iris para insistir en estas fallas: y a fin de consolarla a usted y porque soy un pedante inveterado, la ampararé con el benévolo descargo de Horacio: «a veces suele dormirse el buen Homero». Mas, entre tanto, el hecho de que estos detalles, si medianamente permiten vislumbrar el sentido, empañan el estilo y sólo dejan percibir la idea como puede traslucirse una imagen al través de un vidrio opaco.

Pero dejo ya estas minucias de redacción y paso al ordenamiento mismo del relato, a su arquitectura, en la que algunas más graves inadvertencias distraen la atención del tema principal y restan a la novela claridad y hermosura. Dos de ellas son absolutamente manifiestas: la brusquedad de las transiciones entre las varias escenas y la interferencia, en la exposición, de episodios que, bien vistos, no tienen con ella vínculo necesario y retardan el curso de la acción. Como usted no ha dividido en capítulos su novela, el paso de una peripecia a otra se efectúa sin que el ánimo del lector esté preparado al efecto. De ahí que a menudo se sienta como quien cae de las nubes o disparado de un paraje a otro, de Peñalolén al convento, del club al sarao, a la tertulia política, sin que nada le anticipe esos imprevistos cambios y emoción. Va el leyente como a saltos, en gimnasia ruda, ni estética ni grata. Mucho más desagradable aún, hasta asumir caracteres de sorpresa y desconcierto,—la de alguien que inesperadamente es lanzado al agua,—resulta la intercalación de escenas ociosas y despegadas de la narración capital: el interés del perplejo lector vacila, se enerva y tarda en trasladarse al nuevo terreno y a él acomodarse: quedan sus

sensaciones como prendidas en el aire, todo ello con el aditamento de que el tema-eje de la obra no por ello se vuelva más esclarecido y novedoso; ¡excrecencia parásita de un organismo viviente, que lo deforma y perturba! Sufren el arte y la estética: la nitidez y estatuaría corrección de las líneas se pierden y se anubla el panorama de la obra. Tal siento yo el efecto de, por ejemplo, el episodio de pág. 128, que nada agrega al interés y desarrollo de la novela, a la inteligencia más cabal de los personajes. Esa conversaeión pudo Carrera tenerla en cualquier otra ocasión, ante cualesquiera otros circunstantes; por eso aquí no era tópica.

...Vuelvo a leer mis críticas y, venturoso, compruebo que ellas no afectan a su más que sus manchas al sol. Es que el asunto de la novela, transcendental, usted lo ha tratado magníficamente, con una plenitud y profundidad, con una maestría que nos fuerza a recordar los notorios atavismos. ¡El tema! ¡la reversibilidad de nuestras acciones! «(nos actes nous suivent», escribió Bourget). Ninguno más profundo, que vaya más al fondo de nuestro ser y que más desborde todos los límites de nuestra personalidad usted lo dice, lo explica, y quiere demostrarlo con insuperable estro dramático, con una inteligencia de la composición artística y un dominio de sus medios que la acreditan como novelista de muy primera talla. Por eso cautiva, sobrecoge y subyuga la lectura de estas páginas. Como ante una tragedia griega impulsada y regida por la fatalidad, el lector, en esta obra de usted, avanza impresionado por ciertas vagas e indefinibles aprensiones, por fugaces indicios que un minuto lo detienen y perturban; camina por una vía como de misterio, con cierta descuidada placidez que es el fondo de ironía latente en el fondo de toda vida humana; prosigue por la nefasta y engañosa senda, algo inquieto, receloso de las más bellas cosas, de los más cumplidos y excelsos caracteres, presintiendo ya, por pura intuición, que algo siniestro y trá-

gico, perdido en las nieblas del pasado, vive y actúa tras los protagonistas, sin ellos saberlo: esas propias serenidad y optimismo son de funesto augurio, y ellos, las futuras víctimas, no lo ignoran: esa exaltación del propio sentir y el correlativo desdén por la opinión ajena que en la escena griega anuncia estar próximo el castigo divino, que se acerca la crisis suprema y se multiplican los signos precursores: todo eso lo pone usted en el drama de Beatriz y sus hijos. Con la misma patética y arrebatada elocuencia con que Edipo rasga el velo de su ominoso destino, estos personajes llegan inciertos acongojados, ansiosos de fe pero plenos de una indecible por cuanto inexplicable angustia, a la revelación de la falta que el tiempo encubriera para el mundo pero que vivió corroyendo el alma de la frágil mujer que fuera Beatriz, frágil y por ello tan eternamente humana y amable. Y ahí, por estas últimas páginas soberanas, alcanza usted el más alto de los galardones que un artista puede ambicionar: nos deja silenciosos y mudos, acongojada el alma y con la divina emoción del arte que no halla palabras que debidamente la traduzcan.

Gracias, gracias por esta noble emoción de que me ha hecho partícipe, y quiera creerme siempre su amigo y admirador que muy cordialmente le estrecha las manos.—R. DÁVILA SILVA.



ANTOLOGÍA DEL CUENTO NORTEAMERICANO, por *Lenka Franulic*.
Ed. Ercilla. Santiago, 1943

Reconocer el mérito a un intelectual es cosa difícil en nuestro ambiente literario, sobre todo cuando se está fuera de Círculos o Academias. Lenka Franulic ha hecho una obra, una labor que muy pocos han atendido. En primer lugar, su periodismo serio, nervioso, delicado y combativo, dándose a conocer en este género literario con el pseudónimo de *Vanessa*. En se-